

Presentación

La vida de un profesor transcurre entre la investigación y la docencia, la docencia y la investigación, en el sentido amplio de ambas expresiones. La investigación nutre a la docencia, como también la docencia estimula la investigación, según un círculo virtuoso que acontece en todas las disciplinas universitarias. De todos modos, el quehacer intelectual es plenamente tal, cuando deja su huella en la biografía interior del académico, es decir, en su identidad personal. Eso acaece de un modo especial en quienes se dedican a cuestiones de índole sapiencial, porque la sabiduría responde al anhelo por desentrañar el misterio que encierra todo ser humano y el enigma que late en la realidad que nos circunda, en su radicalidad. En otros términos, abordar preguntas que conciernen la comprensión de quiénes somos y plantean la orientación de la existencia en cuanto tal —sin limitarse a una de sus dimensiones—, conlleva un ejercicio intelectual que configura la identidad del pensador y le conduce a dialogar con los demás y la sociedad de una manera peculiar: retomando las cuestiones en las que, lo que está en juego, es la existencia de cada uno, en su totalidad. El diálogo aludido es ineluctable, en la medida en que todo ser humano, antes o después, acaba por situarse ante sí mismo y plantearse la pregunta por su identidad y el sentido de la vida.

En el diálogo con estudiantes y colegas, se vierte lo alcanzado por la reflexión personal del profesor. Y, al mismo tiempo, el diálogo en las aulas estimula el pensamiento de quien dirige la sesión. Cuando ese diálogo se crea en un clima de confianza –de amistad– y afronta cuestiones sapienciales, constituye una de esas experiencias existencial e intelectualmente profundas, que no se olvidan.

Hace una década recibí de la Universidad de Piura, en el norte del Perú, la invitación a impartir dos breves cursos para colegas de diferentes especialidades. El objetivo era fomentar un diálogo interdisciplinar acerca de la cultura contemporánea y una cuestión que nunca ha conocido ocaso, a pesar de las desventuras en las que la humanidad se ha visto envuelta: la religión, la pregunta por Dios. Fue una de esas experiencias que no se olvidan.

La universidad mencionada tuvo a bien publicar ambos cursos, en dos volúmenes manejables, de bolsillo, en 2009 y 2011. En ellos, se retomaban las cuestiones abordadas en el aula; lo que no consigna el papel es, evidentemente, el clima humano de esas jornadas.

En años posteriores, he tenido ocasión de volver sobre temas tratados en esa ocasión. Han sido enriquecidos con referencias que aparecieron después de dicha edición (como escritos y alocuciones del Papa Francisco) y han incorporado otras reflexiones personales. Algunos de esos desarrollos se han publicado en España, pero siempre correspondían a aspectos puntuales de lo elaborado en los cursos peruanos de un modo más orgánico.

La Universidad de Navarra, con la editorial EUNSA, me sugirió presentar a los lectores españoles unos textos que es difícil encontrar aquí. He accedido con gusto, porque me permite regresar a cuestiones de envergadura y proponerlas, en esta ocasión, de manera integral. He preferido mantener la versión original, en honor al recuerdo de las jornadas peruanas. Aunque, como decía, haya

otras publicaciones más más recientes sobre puntos específicos, en el volumen que tiene el lector en sus manos aparece el contenido de esos dos cursos, de modo completo, según su estructuración intrínseca y su desarrollo expositivo. Toda pretensión de exhaustividad sería ridícula, en cuestiones de esta índole. Pero agradezco a las universidades de Piura y Navarra, y a la editorial española, poder contribuir con un modesto granito de arena, a un diálogo en curso en nuestra sociedad, de enorme relevancia: el sentido de nuestra existencia, en el marco de la cultura contemporánea, y su apertura a Dios. Lo que está en juego es la persona de cada uno de nosotros. Las páginas que siguen son una invitación a no soslayarlo, sino a detenerse a pensarlo.